

La familia a la luz del Documento de Aparecida

Card. Jorge Mario Bergoglio S.J.

Arzobispo de Buenos Aires

Miembro del Comité de Presidencia del Pontificio Consejo para la Familia

La proclamación entusiasta del evangelio de la familia y de la vida, como "estupenda noticia" y la profundización en la identidad y misión de la Iglesia doméstica, santuario de la vida, como verdad que humaniza plenamente a los esposos, a los hijos y a la humanidad, ocupan sin duda un puesto privilegiado en el corazón del Pastor universal.

Con estas palabras comenzaba nuestro querido cardenal Alfonso López Trujillo la conferencia en el Congreso sobre el tema: *La familia en el pontificado de Juan Pablo II* (18 de octubre de 2003). Creo que son una síntesis perfecta de todo el magisterio de Juan Pablo II sobre el matrimonio y la familia, dichas no sólo por quien fuera presidente del Pontificio Consejo para la Familia, sino un fiel colaborador e infatigable trabajador de nuestros dos últimos Pontífices en orden a preservar a la familia como un *don* y un *compromiso*.

Lamentamos la pérdida de nuestro querido cardenal, pero agradecemos a Dios por su vida y ministerio, por su entrega abnegada y su cordialidad sincera! Me tocó estar muy cerca de él en la V Conferencia del *Celam* en Aparecida, Brasil, el año pasado. Precisamente desde este último encuentro con López Trujillo es desde donde quisiera reflexionar sobre lo compartido y que luego se plasmó en el Documento final. Gran parte de lo expresado en el Documento sobre el tema de la familia fueron ideas y sugerencia de nuestro querido cardenal. Por tanto, al comentar los puntos, quisiera tener presente su memoria y su sabiduría, que tanto ayudaron en la redacción final.

He dicho varias veces que el Documento de Aparecida refleja lo vivido en el aula, pero expresa también el sentir del pueblo fiel de Dios que nos acompañaba con sus oraciones y celebraciones desde *arriba*, es decir, desde el Santuario mismo. Nosotros estábamos abajo, en los salones, y arriba, en el Santuario, miles y miles de peregrinos intercedían por nuestra conferencia. Este marco ha quedado en cierto modo impregnado en el Documento, que intenta ser una reflexión para toda la Iglesia de América Latina y el Caribe bajo una clave principal: "discípulos y misioneros de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, para que tengamos en Él vida en abundancia". La misión de la Iglesia no puede ser fecunda si no nos dejamos invitar por el Maestro a seguirlo más de cerca. El discípulo es también misionero desde ese encuentro con el Señor vivo y operante en nuestras vidas. Precisamente esta clave se convierte en paradigma de toda nuestra acción evangelizadora.

Familia, patrimonio de la humanidad y tesoro de nuestros pueblos

Aparecida recoge la historia de nuestra Iglesia en América Latina y el Caribe, como también los desafíos de las anteriores conferencias del *Celam*. En este sentido la familia tiene una importancia clave y sigue siendo una prioridad en la nueva evangelización. *Puebla* ya lo había dicho con toda claridad: la familia es uno de los centros de comunión y participación que tienen una ingerencia directa en el caminar de la mayoría de los pueblos de nuestro continente (Puebla 568-569). Desde esta opción, Aparecida propone a la familia como “patrimonio de la humanidad” (DA 302 y 432), frase de nuestro Sumo Pontífice que expresa el fundamento natural y a la vez teológico del matrimonio y de la familia.

La primera reflexión que hace Aparecida acerca de la familia se encuentra en el capítulo 6, más precisamente en los “lugares” de formación para los discípulos misioneros. Allí se expresa que la familia no es sólo “patrimonio de la humanidad”, sino también el “tesoro más valioso de nuestros pueblos latinoamericanos” (DA 302). Todo tesoro esconde una riqueza todavía no gastada. Si bien la familia ha sufrido un considerable desgaste en las actuales circunstancias de la sociedad pos-moderna, no dejamos de confiar en la riqueza que ella misma representa. Precisamente, es uno de los pocos “lugares” de nuestro tejido social que todavía sigue siendo un valor y una meta que la mayoría desea alcanzar: vivir en familia, tener una familia. En una sociedad donde todo tiene un “precio”, este “tesoro” es un don gratuito que sólo se lo alcanza a través de los lazos de amor y entrega mutuos. Aparecida presenta a la familia como la “primera escuela de la fe”. Ella misma ha sido y es “espacio y escuela de comunión, fuente de valores humanos y cívicos, hogar en que la vida humana nace y se acoge generosa y responsablemente” (DA 302).

Al decir “espacio y escuela de comunión”, Aparecida retoma todo lo dicho en *Puebla* y expresado tan abundantemente en todo el Magisterio de Juan Pablo II. Para que exista la comunidad familiar es preciso que sus miembros se animen a vivir en comunión, aprenderán allí las nuevas generaciones a ser “personas de comunión”. La familia es así “fuente” de todos aquellos valores que hoy la sociedad necesita de manera urgente, valores que tienen en la autodonación su eje principal. La solidaridad familiar es fuente de valores cívicos, que en el respeto mutuo y la convivencia pacífica tienen expresiones concretas. Todo esto lo “mamamos” en el seno de nuestras familias, se da espontáneamente en las múltiples situaciones familiares, no sin lucha y discernimiento. Al decir “hogar” consideramos algo mucho más valioso que el espacio físico de la “casa”: hogar es nido, cuna de la vida. Es el lugar privilegiado de la vida, se la recibe con responsabilidad, se la educa con generosa entrega, se la celebra con festiva alegría, se la alimenta con el pan del trabajo

y el de las lágrimas, se la sana cuando está herida y se la llora cuando ya no se la tiene. Nuestros pueblos son verdaderos hogares, donde la ternura y la firmeza se dan la mano en la lenta educación de nuestros hijos.

De esta forma la familia es “escuela de la fe”. La fe supone la naturaleza, y en la comunión de estas dos dimensiones es donde surge la respuesta del discípulo misionero. La naturaleza la recibe en la familia, y si ésta es creyente, también Dios le confía a los padres el don de la fe. Cuando llevan a sus hijos a la Iglesia para que se los bauticen, la Iglesia les dice: “Ustedes son una pequeña Iglesia”. Al ser los padres los primeros educadores en la fe, necesitan todo el apoyo de la Iglesia para realizar esta misión. La pastoral familiar es, entonces, una de las prioridades de cada Iglesia particular. La familia, junto con la Parroquia, pasa a ser entonces el “primer lugar para la iniciación cristiana de los niños”, ofreciéndoles un “sentido cristiano de existencia y los acompaña en la elaboración de su proyecto de vida como discípulos misioneros” (*ibid.*).

Familia, personas y vida

En la tercera parte del Documento, dedicado a la vida de Jesucristo para nuestros pueblos, es donde se retoma, en el capítulo 9, el tema de la familia. La Conferencia vió la conveniencia de abordar algunas cuestiones acerca del matrimonio y la familia y dejar a las Conferencias Episcopales de cada país que avancen en consideraciones más amplias (DA 431). El gran marco en que se desarrollan estos puntos es el de la vida entendida como don y como tarea a custodiar y promover.

Se retoma aquí lo dicho anteriormente, en esta especie de circularidad conceptual que tiene el documento, entendiéndolo a la familia como “patrimonio y tesoro”. Se hace referencia a las difíciles situaciones de vida que sufren muchas familias, amenazando la misma institución familiar. Entre otras muchas podemos señalar: la pobreza e indigencia de numerosas familias, la migración por difíciles situaciones laborales y por la violencia en muchas regiones de nuestro continente. La violencia que destruye los vínculos familiares, además del creciente número de abusos sexuales en el seno de las mismas familias. El divorcio que irrumpe como un derecho válido provocando quiebres irreparables en el ánimo y la personalidad de los hijos. Las campañas anti-vida que se instalan desde los medios de comunicación y desde la legislación en muchos de nuestros pueblos, trayendo consigo una pérdida del sentido de la vida en sus expresiones más indefensas: el niño por nacer y el anciano abandonado. Si bien el Documento abordará estas cuestiones cuando se refiere a las “personas”, esta mirada de las amenazas está acompañada por una firme esperanza en el proyecto de Dios para el matrimonio y la familia,

nos toca a nosotros discípulos y misioneros, “trabajar para que esta situación sea transformada, y la familia asuma su ser y su misión en el ámbito de la sociedad y de la Iglesia” (DA 432).

En los números siguientes el Documento aborda los fundamentos doctrinales del matrimonio y la familia: la familia fundada en el sacramento del matrimonio, signo del amor de Dios por la humanidad y de la entrega de Cristo por su Iglesia. Una alianza de amor que se despliega en todo el conjunto de las relaciones familiares y en la construcción de una sociedad mejor (DA 433). Retoma la bellísima imagen de la familia como icono de la Trinidad, en la que tanto insistió Juan Pablo II como así también el cardenal López Trujillo (DA 434). Dada la importancia de la familia se asume su promoción y desarrollo como uno de los ejes transversales de la acción evangelizadora, promoviendo en cada diócesis una pastoral familiar “intensa y vigorosa” para proclamar el evangelio de la familia, promover la cultura de la vida, y trabajar para que los derechos de las familias sean reconocidos y respetados (DA 435). Se pide a los gobernantes, legisladores y profesionales de la salud que defiendan el valor inalienable de la vida, y que frente a las leyes o disposiciones gubernamentales que son injustas a la luz de la fe y la razón, puedan favorecer la objeción de conciencia. Aquí se habla de la “coherencia eucarística”, es decir, “ser conscientes de que no pueden recibir la sagrada comunión y al mismo tiempo actuar con hechos o palabras contra los mandamientos, en particular cuando se propician el aborto, la eutanasia y otros delitos graves contra la vida y la familia. Esta responsabilidad pesa de manera particular sobre los legisladores, gobernantes, y los profesionales de la salud” (Ap 436). Recuerdo en este punto, de un modo especial, la intervención del cardenal López Trujillo en la IX Asamblea general ordinaria del Sínodo de los Obispos (7 de octubre de 2005), en la que se refería con estas mismas palabras e invitaba a los cristianos a vivir en esta coherencia eucarística, especialmente a los políticos y legisladores.

Preparación al sacramento del matrimonio

En las orientaciones que el Documento propone a la pastoral familiar, quisiera detenerme especialmente en una: *Renovar la preparación remota y próxima para el sacramento del matrimonio y la vida familiar con itinerarios pedagógicos de fe* (DA 437 c). Esta propuesta está tomada del documento *Preparación al Sacramento del Matrimonio* del Pontificio Consejo para la Familia (13 de mayo de 1996). Este tema fue planteado por Juan Pablo II en la carta magna para la familia: *Familiaris consortio* (n. 66). Creo que este desafío es fundamental para la Iglesia en nuestro continente. Constatamos un notable descenso de casamientos por la Iglesia, los jóvenes hoy prefieren

“convivir” y no asumir un compromiso de por vida. La inestabilidad económica y la falta de espacio para vivir en las grandes ciudades, hacen que muchas parejas de condición humilde tengan que convivir en la casa de sus padres. Por otra parte, en sectores económicamente más ricos, también se observa este fenómeno: eligen un “matrimonio a prueba” y, en general, postergan la procreación hasta que se sientan seguros y estabilizados. De hecho se viene deteriorando la misma imagen del matrimonio, y es urgente anunciar la “Buena Nueva del matrimonio y la familia”. Ahora bien, para lograr este objetivo es necesario replantear la metodología de los así llamados “cursos prematrimoniales”. En muchos casos no pasa de una charla con un grupo de matrimonios y el párroco. Creo que deberíamos actualizar los contenidos y las formas de dar estos cursos, con un lenguaje sencillo y profundo, dejando bien en claro que para los bautizados el matrimonio es un sacramento. El Documento arriba citado hace referencia a los elementos esenciales de dicha preparación: oportunidad de los novios para crecer en su madurez humana y religiosa, tomar conciencia de la naturaleza y fines del matrimonio, vivirlo como un sacramento y celebrarlo como tal, convirtiéndose para los novios en un verdadero “kairós”. Si bien en muchas diócesis se dan pasos importantes en esta pastoral, con las distintas etapas de preparación al sacramento, queda todavía mucho por hacer. La religiosidad popular es un signo muy esperanzador para revitalizar esta conciencia en el pueblo fiel, asumiendo el rico contenido en valores y expresiones religiosas que conserva aún nuestras familias latinoamericanas y caribeñas. Si la familia es un valor, debería serlo el matrimonio, ya que es su fundamento.

Las personas

En la segunda parte de este capítulo 9, el Documento aborda la amplia temática de los niños, adolescentes y jóvenes, el bien de los ancianos, la dignidad y participación de las mujeres, la responsabilidad del varón y padre de familia, la cultura de la vida y el cuidado del medio ambiente (DA 438-475). Cada una de las “personas” están profundamente vinculadas a la familia. El tema de la vida y de la ecología tienen, en la familia, su responsabilidad primera, siendo, también, una responsabilidad de la sociedad en su conjunto.

Sin entrar a comentar cada una de las circunstancias y desafíos de las personas, quisiera detenerme especialmente en dos etapas de la vida que considero fundamentales para el crecimiento en paz de las distintas generaciones: *la niñez* y *la ancianidad*. Son las dos puntas de la vida y en nuestro continente son los que sufren mayor vulnerabilidad y olvido. Una sociedad que abandona a los niños y desplaza a los ancianos está hipotecando su futuro.

Escribí una carta sobre la niñez y la adolescencia en riesgo, con motivo de la 31ª Peregrinación de jóvenes al Santuario de Nuestra Señora de Luján. Allí expresaba una realidad semejante a la que describe Aparecida. Es un “pecado” lo que deben sufrir nuestros niños y adolescentes en muchas de nuestras grandes ciudades del continente. “En los últimos años se han incorporado al paisaje ciudadano nuevas realidades: cortes de calles, *piquetes*, gente viviendo en las veredas... Una realidad, a mi parecer la más dolorosa, que se ha impuesto en este paisaje, tiene como protagonistas a los niños. La presencia de situaciones injustas y riesgosas de las que son víctimas nuestros niños, niñas y adolescentes nos golpean y conmueven. Niños y jóvenes en situación de calle, mendigando, durmiendo en estaciones de *subtes* y ferrocarriles, en zaguanes y recovas en ocasiones aspirando solos o grupalmente, son realidades habituales en el cotidiano paisaje ciudadano. Niños y adolescentes cartoneando y hurgando en la basura en búsqueda quizá de su única comida diaria, aun en horas entradas de la noche. Niños y jóvenes, muchas veces bajo la mirada de mayores que los regentean, ocupados en diversos trabajos formales e informales, vendiendo, haciendo malabarismos, limpiando vidrios, abriendo puertas de automóviles o repartiendo estampitas en los *subtes*” (*Carta por la Niñez*, 2 de octubre de 2005). Esta dura realidad nos duele y nos golpea, nos deja con el corazón abierto y nos debería impulsar a una acción directa para preservar el tesoro más amado por el Señor.

Aparecida también describe esta situación dramática de muchos niños: “Vemos con dolor la situación de pobreza, de violencia intrafamiliar (sobre todo en familias irregulares o desintegradas), de abuso sexual, por la que atraviesa un buen número de nuestra niñez: los sectores de niñez trabajadora, niños de la calle, niños portadores de Vih, huérfanos, niños soldados, y niños y niñas engañados y expuestos a la pornografía y prostitución forzada, tanto virtual como real. Sobre todo, la primera infancia (0 a 6 años) requiere de una especial atención y cuidado. No se puede permanecer indiferente ante el sufrimiento de tantos niños inocentes (DA 439).

Esta realidad nos habla de una degradación moral cada vez más extendida y profunda que nos lleva a preguntarnos cómo recuperar el respeto por la vida y por la dignidad de nuestros niños. A tantos de ellos les estamos robando su niñez y les estamos hipotecado su futuro y el nuestro: una responsabilidad que, como sociedad, compartimos y que pesa más sobre los de mayor poder, educación y riqueza.

Debemos tomar conciencia de que cada chico marginado, abandonado o en situación de calle, con deficiente acceso a los beneficios de la educación y la salud, es la expresión cabal no sólo de una injusticia sino de un fracaso institucional que incluye tanto a la familia como también a sus vecinos, a las

instituciones barriales, a su parroquia y a los distintos estamentos del Estado en sus diversas expresiones. Muchas de estas situaciones reclaman una respuesta inmediata, pero no con la inmediatez de las luces de bengala. La búsqueda e implementación de respuestas no emparchadoras no pueden hacernos olvidar que necesitamos un cambio de corazón y de mentalidad que nos lleve a valorar y dignificar la vida de estos chicos desde el seno de su madre hasta que descansen en el seno del Padre Dios, y a obrar cada día en consecuencia. Debemos adentrarnos en el corazón de Dios y comenzar a escuchar la voz de los más débiles, estos niños y adolescentes, y recordar las palabras del Señor “El que recibe a uno de estos pequeños en mi Nombre, me recibe a mí mismo” (Mt 18,5); y, “Cuidense de despreciar a cualquiera de estos pequeños, porque les aseguro que sus ángeles en el cielo están constantemente en presencia de mi Padre celestial” (Mt 18,10).

En la otra punta de la vida están nuestros ancianos, ellos son depositarios de la memoria colectiva de una nación y de una familia. Aparecida describe a la ancianidad como un bien y no como una “desgracia”. Ser anciano, en el contexto cultural de la posmodernidad, es hacer referencia a algo pasado de moda, envejecido, sin voz. Muchos de ellos, en el esquema neoliberal, son una carga económica por el creciente aumento de la expectativa de vida y los cuidados de salud que implican las personas mayores. Aún el seno de muchas familias hay una exclusión de abuelos y familiares mayores. Los asilos y geriátricos se han convertido en verdaderos “depósitos de viejos”. Esta situación está desarrollada en el documento de Aparecida, pero su clave de lectura es la inclusión de nuestros mayores en la familia, la Iglesia y la sociedad. Aparecida fomenta el diálogo intergeneracional, el respeto y la gratitud por los ancianos, el reconocimiento de sus fatigas y su atención humana y espiritual (DA 447-450).

La familia es el ámbito donde los mayores se encuentran acogidos y contenidos. La Iglesia también celebra este don que los mayores regalan a tantas comunidades parroquiales. Hoy son ellos nuestros principales y mayoritarios fieles que concurren a las celebraciones litúrgicas, dedican gran parte de su tiempo en la atención a los pobres, visitan hospitales y geriátricos, son misioneras y misioneros en vastas zonas de nuestro continente. La oración de ellos sostiene a la Iglesia, los consejos de nuestros mayores han salvado a más de una vocación sacerdotal y religiosa. En fin, junto con sus dolencias físicas y espirituales, ellos nos dan ejemplo de fortaleza y celo apostólico. Ejemplo de todo esto ha sido el testimonio de nuestro querido Juan Pablo II. Si bien en la Iglesia los adultos mayores tienen un lugar, no es tan así en el conjunto de la sociedad civil, de allí la importancia de alentar políticas solidarias y justas que integren a nuestros mayores y no sólo sean destinatarios de alguna dádiva demagógica. Se trata de construir un espacio común con todos los miembros

de la sociedad y no sólo la construcción de reductos para que nuestros viejos no molesten.

Su atención humana y espiritual es un verdadero desafío para nuestras comunidades eclesiales. Ellos son también “discípulos y misioneros” con una vocación específica: dar sentido y plenitud a las jóvenes generaciones, siendo, a la vez, maestros de oración y entrega generosa.

Cultura de la vida y cuidado del medio ambiente

El capítulo 9 concluye con una fuerte defensa a la cultura de la vida (DA 464-469) y el cuidado del medio ambiente (470-475). Ambas realidades están unidas por el respeto al plan de Dios sobre la creación. Sin Dios no hay respeto por la vida, deja de ser un derecho para convertirse en una mercancía. Nuestros pueblos respetan aún la vida, pero están influenciados por esta “cultura de la muerte”. “Los anhelos de vida, de paz, de fraternidad y de felicidad no encuentran respuesta en medio de los ídolos del lucro y la eficacia, la insensibilidad ante el sufrimiento ajeno, los ataques a la vida intrauterina, la mortalidad infantil, el deterioro de algunos hospitales, y todas las modalidades de violencia sobre niños, jóvenes, hombres y mujeres. Esto subraya la importancia de la lucha por la vida, la dignidad y la integridad de la persona humana. La defensa fundamental de la dignidad y de estos valores comienza en la familia” (DA 468).

Respecto al cuidado del medio ambiente, constatamos en nuestro continente una auténtica dilapidación de nuestros ricos recursos naturales. “La riqueza natural de América Latina y el Caribe experimenta hoy una explotación irracional que va dejando una estela de dilapidación, e incluso de muerte, por toda nuestra región. En todo ese proceso, tiene una enorme responsabilidad el actual modelo económico que privilegia el desmedido afán por la riqueza, por encima de la vida de las personas y los pueblos y del respeto racional de la naturaleza. La devastación de nuestros bosques y de la biodiversidad mediante una actitud depredatoria y egoísta involucra la responsabilidad moral de quienes la promueven, porque pone en peligro la vida de millones de personas y en especial el hábitat de los campesinos e indígenas, quienes son expulsados hacia las tierras de ladera y a las grandes ciudades para vivir hacinados en los cinturones de miseria. Nuestra región tiene necesidad de progresar en su desarrollo agroindustrial para valorizar las riquezas de sus tierras y sus capacidades humanas al servicio del bien común, pero no podemos dejar de mencionar los problemas que causa una industrialización salvaje y descontrolada de nuestras ciudades y del campo, que va contaminando el ambiente con toda clase de desechos orgánicos y químicos. Lo mismo hay que alertar respecto a las industrias extractivas de recursos que, cuando no proce-

den a controlar y contrarrestar sus efectos dañinos sobre el ambiente circundante, producen la eliminación de bosques, la contaminación del agua y convierten las zonas explotadas en inmensos desiertos” (DA 473).

Frente a esta situación es urgente: “Evangelizar a nuestros pueblos para descubrir el don de la creación, sabiéndola contemplar y cuidar como casa de todos los seres vivos y matriz de la vida del planeta, a fin de ejercitar responsablemente el señorío humano sobre la tierra y los recursos, para que pueda rendir todos sus frutos en su destinación universal, educando para un estilo de vida de sobriedad y austeridad solidarias” (DA 474.a). El primer lugar de este aprendizaje sigue siendo la familia, a ella debemos evangelizar y hacerles descubrir el plan de Dios sobre toda la creación.

Como vemos, la realidad de nuestro continente y el Caribe es un verdadero desafío evangelizador, que incluye la promoción humana y el anuncio de la salvación realizada en Cristo.

Quisiera que hiciéramos nuestra la oración con que concluye el Documento, pidiendo especialmente por nuestras familias por la intercesión de la Virgen María y de san José:

Quédate en nuestras familias, ilumínalas en sus dudas, sostenlas en sus dificultades, consuélalas en sus sufrimientos y en la fatiga de cada día, cuando en torno a ellas se acumulan sombras que amenazan su unidad y su naturaleza. Tú que eres la Vida, quédate en nuestros hogares, para que sigan siendo nidos donde nazca la vida humana abundante y generosamente, donde se acoja, se ame, se respete la vida desde su concepción hasta su término natural.

Quédate, Señor, con aquellos que en nuestras sociedades son más vulnerables; quédate con los pobres y humildes, con los indígenas y afroamericanos, que no siempre han encontrado espacios y apoyo para expresar la riqueza de su cultura y la sabiduría de su identidad. Quédate, Señor, con nuestros niños y con nuestros jóvenes, que son la esperanza y la riqueza de nuestro continente, protégelos de tantas insidias que atentan contra su inocencia y contra sus legítimas esperanzas. ¡Oh buen Pastor, quédate con nuestros ancianos y con nuestros enfermos. Fortalece a todos en su fe para que sean tus discípulos y misioneros! (DA 554).